

## **Efesios 5:8-14**

EFESIOS 5:8-14 REUNION GENERAL AUG 6, 1989

“Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor. Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas, porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas, porque la luz es lo que manifiesta todo. Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo.” (Efesios 5:8–14)

Acuérdate quién eres. Este podría ser el lema para la vida cristiana. Hemos sido hechos hijos de Dios. Hemos recibido el perdón del Salvador. Por medio del Espíritu Santo en el bautismo y la palabra Dios nos ha hecho nuevas criaturas, con una nueva naturaleza creada a la imagen de Dios para practicar toda manera de justicia y bien. Pero no siempre vivimos de acuerdo con esta nueva naturaleza. Lo que sucede es que frecuentemente nos olvidamos de quienes somos. Nos olvidamos de los grandes honores que Dios nos ha otorgado en su Hijo, y vivimos como si todavía estuviéramos en el dominio de Satanás, dando rienda suelta a nuestra carne pecaminosa. Eso no debe ser. Y para que nos animemos a andar y vivir de acuerdo con nuestra nueva vida en Cristo, Pablo, utilizando una poderosa imagen, nos amonesta: "Andad como hijos de la luz". Qué nombre de honor nos ha concedido: Hijos de luz. Y esta imagen sirve para recordarnos de algunas realidades muy importantes para nuestra vida espiritual.

Primeramente, Pablo nos recuerda que no siempre hemos sido "hijos de luz". Al contrario. Dice de los cristianos que "En otro tiempo erais tinieblas". Las tinieblas es una imagen que Pablo utiliza para expresar lo perdido y condenado de los pecadores, su falta de entendimiento espiritual, y su enemistad contra Dios. Y eso, dice, era el estado de todos los cristianos en otro tiempo. Se está refiriendo al estado natural de toda la humanidad. "Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios". Y eso era cierto en el caso de los creyentes antes de llegar a la fe al igual como los demás. En el capítulo 2 de esta misma carta, Pablo dice que "él os dio vida a vosotros, cuando estabais

muestrados en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de la ira, lo mismo que los demás" (Ef. 2:1-3).

Pablo así afirma, como toda la palabra de Dios, que no éramos neutrales, no teníamos ciertas tendencias hacia lo bueno, por naturaleza éramos hijos de la ira, o sea, sujetos a la ira de Dios por el pecado que se adhería a nuestra misma naturaleza humana. No había ni una chispa de vida espiritual en nosotros. Éramos totalmente tinieblas, y bajo el dominio del príncipe de las tinieblas, el diablo, con quien éramos destinados a la misma condenación.

Y de ser tinieblas, fluyen las obras de las tinieblas. La naturaleza oscura y corrompida se expresa en actitudes y acciones. Pablo habla de lagunas de esas obras en los versículos antes y después de nuestro texto. Menciona las palabras deshonestas, las mentiras, las necedades y truhanerías, o sea, los chistes indecentes. Habla de las actitudes de amargura, enojo, ira, que sale en los gritos y las maldiciones. Habla de la avaricia, y dice que ese deseo de tener siempre más es en realidad una forma de idolatría. Habla de embriagarse con vino, en lo cual hay disolución. Todas estas obras, palabras y actitudes son productos del corazón y mente entenebrecido que caracterizó nuestra vieja naturaleza.

Pablo seriamente advierte contra participar en tales obras, describiéndolas como "obras infructuosas de las tinieblas". Lejos de ser positivas, deseables, fructíferas, útiles y productivas, tales obras son infructuosas. Llevan solamente a la perdición y la destrucción. Oigamos las palabras, que no son solamente de Pablo, sino del Espíritu Santo quien lo ha inspirado. "Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia". Estas son palabras solemnes, palabras para hacernos pensar. "Por estas cosas viene la ira de Dios". Participar en estas cosas trae el juicio y la condenación. Por eso Pablo dice: "No seáis, pues, partícipes con ellos". Y en las palabras de nuestro texto: "No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas".

Tal advertencia es necesaria, porque aun los cristianos tienen todavía una carne pecaminosa, que queda en las tinieblas, que guerra contra Dios y la nueva vida que él crea en los cristianos. El diablo y el mundo sí hablan palabras engañosas y vanas, tratando de convencernos que participar en estas obras no sea cosa tan seria. Pero seguir en las obras de las tinieblas es participar de las tinieblas, y en el juicio de Dios sobre los desobedientes. Huyamos de todo esto.

Y para alentarnos a seguir la lucha, Pablo nos recuerda la gran obra de Dios en nosotros. "Mas ahora sois luz en el Señor". En vez de tinieblas, ahora somos luz. Esto no es obra de nosotros. Éramos tinieblas. Estábamos muertos en delitos y pecados, y la muerte y las tinieblas jamás pueden producir la vida y la luz. Son más bien la ausencia total de vida y luz. No, esta luz es obra del Señor. El Espíritu Santo nos ha iluminado con sus dones. Nos ha señalado a Cristo, la Luz del Mundo, tomando sobre sí nuestros pecados, el juicio y la ira y la condenación que nosotros merecimos, muriendo en una cruz. Por medio del evangelio nos ha asegurado de que Dios está reconciliado con nosotros, que los pecados están perdonados, que donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, que hemos sido redimidos, adoptados como hijos de Dios. En el bautismo Dios nos unió con Cristo en su muerte al pecado y su resurrección a nueva vida. En la absolución oímos que Dios ha quitado nuestro pecado y no moriremos. En la Santa Cena Dios nos da a comer y beber los instrumentos del perdón, el mismo cuerpo y la sangre que Cristo dio y derramó en la cruz para obtenernos el perdón de los pecados. Esta palabra de perdón ha sido efectiva, creando en nosotros la fe en Cristo, esa mano que recibe la bendición y hace nuestro todo lo que nos es prometido y dado en el evangelio. La luz de este bendito mensaje del lavamiento de nuestros pecados ha brillado en nuestros corazones, dándonos fe y confianza en Dios y su amor, en vez de la rebelión y enemistad. Y así nosotros mismos ahora, por fe, y por la obra misericordiosa de Dios somos luz e hijos de luz. "Vosotros sois la luz del mundo", dice Cristo.

Ahora, siendo luz en el Señor, Pablo nos exhorta a que andemos como hijos de la luz. Así como las tinieblas tenían sus obras características, la luz también se reflejará en obras, pero obras completamente distintas de las que producían las tinieblas. Como hijos de la luz, personas que por la misericordia y gracia de Dios compartimos la misma naturaleza de luz, produciremos

fruto de la luz. Ese fruto de la luz, dice Pablo, consiste en "toda bondad, justicia y verdad". La nueva vida que hemos recibido por la conversión de las tinieblas a la luz del Señor busca lo bueno para ponerlo en práctica, hace lo recto delante de Dios, obra con integridad. En toda situación "comprueba lo que es agradable al Señor". Busca en la Biblia lo que agrada al Señor, usando los mandamientos de Dios como guía de cómo practicar el amor en sus relaciones con sus semejantes. Deja a los escritores sagrados, como Pablo, recordarles que "el fruto del espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza, contra tales cosas no hay ley" (Gál. 5:22-23).

Pero los hijos de la luz no solamente practican obras que son frutos de la luz. También dejan que la luz ilumine todo lo demás en su alrededor. Dan testimonio de la luz. Esto hacen en primer lugar reprendiendo el mal. No sólo no deben participar en las obras infructuosas de las tinieblas: "sino más bien reprendedlas". Aunque no es agradable tener que tratar con las obras de las tinieblas, aun de palabra: "vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto", sin embargo, el mismo amor, fruto de la luz, al considerar que los que aún están en tinieblas y practican las obras de las tinieblas están en camino al sufrimiento eterno en el infierno, nos llevará a advertirles y reprenderles, no sólo con un buen ejemplo, sino también con palabras dirigidas a sus conciencias. "Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo".

La ley de Dios, que condena las obras de las tinieblas, manifiesta lo que realmente son, obras malas, condenables, que llevan al juicio. Pero a la vez la luz del evangelio demuestra el camino de la salida. "Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo". Cuando al pecador, aterrado al ver la realidad de sus pecados y condenación por la luz de la ley, oye que Cristo ya proveyó el remedio con su perdón logrado en la **cruz**, que hay para el pecador vida en vez de muerte, bendición en vez de maldición, cielo en vez de infierno, bondad en vez de ira, y se anima por esas promesas, coge esperanza, deja su mal camino para adherirse a su Salvador, verdaderamente se ha despertado de su sueño carnal en el pecado, verdaderamente se ha levantado de la muerte y la condenación, y Cristo le ha alumbrado.

Tal vez haya aquí alguien que todavía está dormido y muerto en sus pecados, que anda todavía en tinieblas, practicando la fornicación o inmundicia, emborrachándose, mintiendo, guardando ira y enojo. No sigan dormidos. No se queden en las tinieblas. Oigan las palabras de Dios: "Por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de la desobediencia". "Los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios". Dejen esas cosas, buscando en Cristo crucificado el perdón, confiando en él, y serás hijo de la luz. Y luego anda como hijo de la luz.

O si ya eres hijo de la luz, creyente en Cristo y salvo por su gracia, pero tentado por tu propia carne o el ambiente que te rodea a aflojar tu lucha contra el pecado, a no estar tan radical en tus esfuerzos por complacer a Dios y practicar solamente los frutos de la luz, acuérdate quién eres, un hijo de la luz, y cómo llegaste a serlo, que fue solamente por la gracia y misericordia de Cristo a ti, indigno pecador, y no desprecies esta gracia para pervertirla en licencia para pecar. "Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia". ¿Acaso se habrá muerto Cristo para que sus redimidos sigan impunemente en sus pecados? ¿No murió más bien para redimirnos y rescatarnos de ellos? Así, hermanos queridos, andemos como hijos de la luz, dando gracias siempre a nuestro Dios y Salvador, dejando brillar nuestra luz en obras que glorifiquen al Señor.

Salgamos cada uno de aquí, determinado a seguir la lucha. Expulsemos todas las obras de las tinieblas. Diariamente produzcamos los frutos de la luz, la bondad, la justicia y la verdad, y no nos aflojemos hasta aquel día cuando entremos en la gloriosa herencia de los santos en luz, junto con todos los santos ángeles, y veamos la luz del rostro de nuestro brillante Salvador mismo, para adorarle siempre. Amén.